

Todo es accesible á todos.
 Todo es para los individuos, todo para vosotros:
 Ninguna condición os está vedada, ni la de Dios, ni nin-
 guna otra.

Todo viene por intermedio del cuerpo, sólo la salud os
 pone en comunicación con el Universo,

Haced grandes individuos, lo demás vendrá.

Toleramos á los que quieren practicar la piedad y la orto-
 doxia,
 Toleramos á los que desean ser pacíficos, obesos y sumisos,
 Cuanto á mí, soy el que abrumba de invectivas hombres
 mujeres, y naciones, empujándolos irresistiblemente;
 Soy el que les grita: «¡Saltad de vuestros sitios, luchad
 por vuestra vida!»

Yo soy el que recorre los Estados con una lengua dentada,
 interrogando á cuantos encuentro:
 ¿Quiénes sois vosotros que solamente pedís un libro para
 desposarlo con vuestra tontería?

(Con espantos y con gritos como si fueran tuyos,
 ¡Oh madre de innumerables hijos!
 A una raza audaz, ofrezco estos furiosos clamores.)
 ¡Oh países míos! ¿querríais ser más libre que todos los que
 han sido? Venid á escucharme:

Temed la gracia, la elegancia, la delicadeza, la civilización
 Temed la muelle dulzura, la miel que se pega al paladar;
 Desconfiad de la madurez mortal de la Naturaleza que
 avanza,
 Desconfiad de cuanto corroe la rudeza, de los hombres y
 de los Estados.

Las edades, los antepasados han acumulado de largo tiem-
 po atrás materiales sin dirección.

La América trae sus constructores y los estilos que la
 caracterizan.

Los inmortales poetas de Asia y de Europa han realizado
 su obra y pasado á otras esferas,
 Nosotros tenemos que realizar nuestra obra, sobrepujando
 cuanto han hecho.

Llena de curiosidad por los caracteres extranjeros, la Amé-
 rica defiende los suyos á todo evento,
 Se mantiene á distancia, espaciosa, equilibrada, sana, inau-
 gurando el verdadero uso de las cosas anteriores.

No rechaza el pasado ni lo que han producido bajo sus
 formas.

Acepta la lección con tranquilidad, contempla el cadáver
 que llevan lentamente de la casa,

Viendo cómo lo detienen un instante en el umbral y con-
 siderando cuán proporcionado era á su época,

Cómo su vida ha pasado al robusto heredero que se apro-
 xima,

El cual también será el más proporcionado á su época.

Estos Estados constituyen el más vasto de los poemas,
 Aquí no se contempla solamente una Nación, sino una
 Nación hormigueante de naciones,

Aquí las acciones de los hombres corresponden á las múl-
 tiples realidades del día y de la noche,

Aquí aparece lo que se mueve en masas espléndidas sin
 preocuparse de los detalles,

Aquí están los rudos y los pulidos, la amistad, el instinto
 combativo que exalta el alma,

Aquí las ondas continuas de un cortejo, aquí las multitu-
 des, la igualdad, la diversidad, que exaltan el alma.

¡Pueblo de los pueblos y de los bardos que los confir-
 marán!

He aquí uno de ellos que levanta hacia la luz un rostro
 nutrido por el Oeste;

Ha recibido de su estirpe la expresión de su faz, la ha re-
 cibido de su padre y de su madre,

Sus elementos primordiales son las substancias, la tierra,
el agua, los animales, los árboles,

Su fondo común está construido igual, con sitio para todo,
sea próximo ó remoto,

Acostumbrado á despreocuparse de los demás países, pues
él encarna su propio país,

Lo atrae hacia él en cuerpo y alma, se suspende á su cuello
con incomparable amor,

Hunde su músculo genital en sus virtudes y en sus defectos,

Hace de modo que hablen por su boca sus ciudades, sus comienzos, sus peripecias, sus diversidades, sus fuerzas,

Hace de modo que sus ríos, sus lagos, sus bahías desemboquen en él;

El Mississipi, con sus crecientes anuales y sus cambiantes saltos, el Columbia, el Niágara y el Hudson, se derraman amorosamente en él.

Que se extienda la costa del Atlántico ó que se extienda la costa del Pacífico, él se extiende con ellas hacia el Norte y hacia el Sur.

Abarca el espacio que media entre ellos al Este y al Oeste, está en contacto con todo lo que existe entre ambos;

Emergen de él retoños equivalentes á los del pino, del cedro, del abeto negro, del roble, de la acacia, del castaño, del nogal, del álamo, del naranjo, de la magnolia,

Se entrelaza el bálago en él tan compactamente como en cualquier juncal ó pantano,

Está tallado á semejanza de las montañas, con sus flancos y sus cumbres, sus selyas del Norte cubiertas de un mantel de transparente hielo,

Fuera de él se dilatan campos de pastoreo tiernos y naturales, como los de las sabanas y de las praderas,

A través de él pasan y se elevan vuelos, torbellinos gritos, que contestan á los del quebrantahuesos, de la garza real y del águila;

Su espíritu abarca el espíritu de su país, está abierto al bien y al mal,

Abarca las esencias de las cosas reales, de los antiguos tiempos y de la hora actual,

Abarca las riberas, las islas, las tribus de pielesrojas que se acaban de descubrir,

Las naves azotadas por la tempestad, los desembarcos, las instalaciones, embriones de grandeza y de vigor,

El altanero desafío del Año Uno, la guerra, la paz, el establecimiento de la Constitución,

Los Estados distintos, el plan simple, elástico, los inmigrantes,

La Unión, siempre pululante de individuos que la denigran y siempre segura é inasible,

El interior inexplorado, las cabañas hechas con derribados troncos, los desmontes, las bestias salvajes, los cazadores, los ojeadores;

Abarca la agricultura en sus múltiples formas, las minas, la temperatura, los nuevos Estados en gestación,

El Congreso que se reúne anualmente en Diciembre, con todos sus miembros que llegan de los puntos más distantes del territorio,

Abarca los obreros y los aldeanos con su carácter noble, sobre todo los jóvenes,

Celebra su manera de ser, sus vestimentas, sus amistades, sus gestos, propios de quienes nunca han conocido la sensación de hallarse ante superiores,

La frescura y la sinceridad que emanan de sus rostros, la resolución y la abundancia de sus cerebros,

El pintoresco descuido de sus aposturas, el furor que manifiestan ante cualquier injusticia,

Su verbo fácil, la alegría que les produce la música, su curiosidad, su buen humor, su generosidad, todos los elementos que constituyen su carácter;

Abarca el ardor y el espíritu de iniciativa que prevalecen, la amplísima afectuosidad,

La absoluta igualdad de la mujer y del hombre, el fluido movimiento de la población,

La flota soberbia, el libre cambio, las pesquerías, la pesca de la ballena, las búsquedas del oro,

Las ciudades bordeadas de muelles, las vías férreas y los vapores entrecruzándose por doquiera,

Las manufacturas, la vida comercial, el maquinismo que reduce la «mano de obra», el Nordeste, el Noroeste, el Sudoeste,

Los bomberos de Manhattan, los trueques del yanqui perillán, la vida en las plantaciones del Mediodía,

La esclavitud—la conspiración traidora y criminal urdida para instaurarla sobre los escombros del resto de la Unión—,

¡El épico «excelsior», la lucha cuerpo á cuerpo! ¡Asesino!
¡No más tregua! ¡Tendrás que morir ó moriremos nosotros!

(¡Mirad! Allá en lo alto del cielo, en pleno día,
La libertad que retorna conquistadora del campo de batalla.

¿No veis la nueva aureola alrededor de su frente?
 ¿Aureola de fulgor relampagueante y terrible,
 Como las llamas de la guerra y los surcos caprichosos de
 los relámpagos?

¡Oh Libertad! Te veo erguida en una inmutable actitud,
 Con tu mirada inextinguible, y tu extendida diestra,
 Y tu pie encima del cuello del que te amenazaba—del ene-
 migo totalmente aplastado bajo tus plantas—,

Del que, en su locura, lleno de arrogancia y de amenaza,
 avanzara á grandes pasos hacia ti, empuñando el puñal
 asesino,

Del fanfarrón de ayer, ebrio de orgullo y de confianza,
 Trocado hoy en un despojo muerto—abrumado por el des-
 precio de toda la tierra—

En una repugnante inmundicia arrojada á los gusanos del
 estercolero.)

Otros consideran que el edificio ya está concluido, pero la
 República está siempre en construcción, y ofrece nuevas
 perspectivas;

Otros oran el pasado; yo os orno á vosotros, ¡días del
 presente!

¡Oh días del futuro! también creo en vosotros; es por vos-
 otros que me aislo;

¡Oh América! porque construyes para la humanidad, yo
 construyo para ti.

¡Oh queridos canteros! yo voy á la cabeza de aquellos que
 con decidida y sabia voluntad trazan los planes;

Con mano amiga yo conduzco el presente hacia el porvenir.

(¡Aplausos para cuantos en ímpetus de amor ofrecen hijos
 sanos al futuro!

¡Maldición al que se espasma sin preocuparse de los virus,
 de los dolores, de los espantos y de las debilidades que trans-
 mite!)

Al borde del Ontario yo escuchaba al Fantasma,
 Oía su voz que se elevaba invocando á los bardos,
 Los grandes bardos nativos capaces de fundir estos Estados
 en el compacto organismo de una nación.

Es inútil mantener unidos á los hombres mediante una
 carta, un sello ó la violencia;

Sólo es fecunda la unión de los hombres cuando la anima
 un principio vital, como el que organiza los miembros del
 cuerpo ó las fibras de los vegetales.

Entre todas las razas y las edades, estos Estados desbor-
 dantes de arterial savia poética, son los más necesitados de
 poetas;

Un día deberán poseer los más grandes, y tratarlos como
 á los más grandes;

¡Sus presidentes más voceros resultarán mudos en com-
 paración de lo que sus poetas llegarán á ser!

(¡Alma de amor y lengua de fuego!

¡Ojo hecho para penetrar los más profundos abismos, y
 para reflejar el mundo!

¡Ah! madre prolífica y ubérrima en todo lo demás, excepto
 en esto, ¿por cuánto tiempo aún continuarás estéril, estéril?)

El poeta es el hombre constante y armónico de estos
 Estados,

No es por él, sino cuando falta él, que las cosas parecen
 grotescas, excéntricas, sin plenitud ideal,

Pues nada es bueno cuando no está en su sitio, nada es
 malo cuando ocupa su lugar;

El aplica á cada objeto ó cualidad las proporciones que le
 convienen, ni más ni menos,

El es el árbitro de las diversidades, es la llave,
 Es el justiciero de su tiempo y de su país,

Da lo que debe ser dado, rechaza lo que debe ser rechazado,
 En tiempo de paz el espíritu de la paz habla por su boca,

Amplio, opulento, activo, construyendo ciudades populosas,
 Estimulando la agricultura, las artes, el comercio,

Ilustrando el estudio del hombre, del alma, de la salud, de
 la inmortalidad, del gobierno,

En tiempo de guerra, es el sostán más sólido de la guerra,
 arrastra una artillería más eficaz que la de los ingenieros, cada
 palabra que pronuncia ensangrienta;

Con su inquebrantable fe retiene los años que se extravían
 por los senderos de la infidelidad,

No discute, juzga (la Naturaleza lo acepta absolutamente),

No juzga como juzgan los jueces, sino como el sol que ilumina un objeto impotente,

Posee la fe más firme, porque su visión es la más telescópica,

Sus pensamientos son himnos en loor de las cosas,
En las discusiones acerca de Dios y de la Eternidad, guarda silencio,

No presiente la Eternidad como un drama con su prólogo y su desenlace,

Su Eternidad la ve en los hombres y en las mujeres.

Profeta de la Gran Idea, idea de individuos integrales y libres,

El bardo marcha á la vanguardia de su época, guiando á los guías,

Su actitud reconforta á los esclavos y horroriza á los déspotas extranjeros.

Jamás podrá extinguirse la libertad, jamás podrá retroceder la Igualdad;

Viven en los sentimientos de los jóvenes y de las mujeres más grandes.

(Por algo es que las cabezas más indomables de la tierra siempre han estado prontas á caer en aras de la Libertad.)

Luchar por la Gran Idea,

¡Oh hermanos! es la misión de los poetas.

Que tengan siempre cantos de implacable desafío,
Cantos para armarse y para marchar,
Para que sea arriada la bandera de la paz, y en lugar del pendón que conocemos,
Flote el estandarte guerrero de la Gran Idea.

(¡Airado trapo que he visto izar tantas veces!
Torno de nuevo á verme bajo la lluvia de las balas que saludaran tus crujientes pliegues,

Te canto por encima de todo, mientras vuelas y me haces señas, á través del combate, ¡oh, el combate rabiosamente disputado!

Los cañones abren sus bocazas vomitando un rosado relámpago, las balas rasgan el aire con un grito,

El centro de la batalla desaparece entre la humareda,

A las salvas de los cañones contestan las descargas cerradas de los fusiles,

Oíd; resuena la palabra ¡Cargad!

Ahora es el entrevero y los rugidos salvajes que enloquecen,

Ahora los cuerpos caen convulsionados en tierra,

Fríos, helados de muerte, por ti, por tu preciosa vida,

Trapo airado que veo saltar y crujir allá en la altura.)

¿Querriais ser el poeta de estos Estados?

Augusto es el empleo, arduas las condiciones;

El que pretendiera enseñar aquí tiene que comenzar por ejercitar bien su cuerpo y su espíritu,

Tiene que examinarse, armarse, fortificarse, endurecerse, flexibilizarse.

Porque seguramente yo le interrogaré, y numerosas y serenas serán mis interrogaciones.

¿Quién sois vos para pretender dirigiros y cantar á la América?

¿Habéis estudiado á fondo su país, sus idiomas y sus costumbres?

¿Lo conocéis en su organismo, su cerebro, su política, su geografía, su fiereza, su independencia, su amistad?

¿En sus fundamentos y en sus fines?

¿Habéis meditado el pacto orgánico celebrado el primer día del primer año de la Independencia, firmado por los Comisarios, ratificado por los Estados y leído por Wáshington ante el ejército?

¿Poseéis la Constitución Federal?

¿Observáis bien á los que han dejado tras sí todas las operaciones y los poemas de un mundo feudal para atribuirse los poemas y las empresas de la Democracia?

¿Sois leal con las cosas? ¿Difundís lo que enseñan la tierra y el mar, el cuerpo del hombre y el de la mujer, el amor y los furoros heroicos?

¿Habéis peregrinado al través de las costumbres efímeras y de los objetos del favor popular?

¿Os sentís capaz de resistir todas las seducciones, las lo-

curas, los torbellinos, las luchas salvajes? ¿Sois verdaderamente robusto? ¿Sois completa y verdaderamente del Pueblo?

¿No pertenecéis á un círculo? ¿A una escuela? ¿A una secta?
¿Estáis cansado de las críticas y de juicios que se emiten respecto de la vida? ¿Es la vida misma la que ahora os anima?
¿Habéis ido á fortificaros en las ubres maternas de estos Estados?

¿Poseéis la antiquísima y siempre joven indulgencia? ¿La viviente imparcialidad?

¿Sentís la misma simpatía para los que se encaminan á la endurecida madurez? ¿Por los recién nacidos? ¿Amáis igual á los pequeños que á los grandes? ¿Y á los extraviados?

—
¿Qué traéis de nuevo á mi América?
¿Lo que aportáis, está de acuerdo con mi país?
¿Es algo que antes haya sido mejor dicho ó hecho?
¿Es algo importado en algún barco de ultramar?
¿No será un cuento? ¿O rimas? ¿O bonituras?
¿Está contenida en ella la buena y vieja Causa?
¿No es algo que se han cansado de golpear los talones de los poetas, de los políticos y de los literatos de la raza enemiga?

¿Lo que traéis afirma la existencia de cosas notoriamente desaparecidas de estas regiones?

¿Responde á universales necesidades? ¿Mejorará las costumbres?

¿Celebra, con voz tonante de trompetas, la orgullosa victoria de la Unión en la guerra del Norte contra el Sur?

¿Lo que traéis resistirá la confrontación de las playas y de la plena Naturaleza?

¿Podré asimilarlo como asimilo los alimentos y el oxígeno, logrando que renazca en mi fuerza, en mi andar, en mi faz?

¿Colaboraron en ello los oficios reales? ¿Más que simples copias son creaciones originales?

¿Tienen en cuenta los descubrimientos modernos, las capacidades y los hechos?

¿Qué significan para los individuos, para el progreso y las ciudades de América? ¿Para Chicago, el Canadá, el Arkansas?

¿Vislumbra detrás de los guardianes aparentes los verdaderos guardianes en actitud silenciosa y amenazadora? ¿Los obreros de Nueva York, del Oeste y del Mediodía, tan significativos en su apatía como la instantaneidad de sus afectos?

¿Considera el fracaso final, lo que ha acontecido siempre á todos los contemporizadores, chapuceros, prejuiciosos, alarmistas, escépticos, toda vez que han solicitado el concurso de la América?

¿Es alguna humorada, burlona y desdeñosa?

Sea lo que fuere, el camino está sembrado del polvo de los esqueletos,

Y los demás son despreciativamente arrojados lejos del camino.

—
Las rimas pasan junto con los miradores, lo mismo que los poemas calcados ó sugeridos por otros poemas,

Pasan las multitudes reflejas, con sus bellas maneras, convertidas en cenizas,

Los admiradores, los importadores, los sumisos, los juglares, estiércol de las literaturas,

Dadle tiempo y la América se justificará á sí misma;

Ningún disfraz logrará engañarla, su impasibilidad iguala su perspicacia,

Sólo irá al encuentro de aquellos que reconozca plasmados á su imagen;

Si aparecen un día sus poetas, no temáis que pueda equivocarse; sabrá reconocerlos.

(No los aceptará como suyos hasta que su país los haya absorbido tan amorosamente como ellos lo hubieran absorbido y espiritualizado.)

—
¿Qué importa el individuo si quien guía es el espíritu?

El más deleitoso es el que eterniza la dilección;

La sangre del fuerte que perdura está exenta de violencia;

Ya se trate de poemas, de filosofías, de óperas autóctonas, de artes navales ó de otras empresas,

La grandeza personal habrá de ir aparejada á los más grandes y originales y prácticos ejemplos.

—
Una raza indolente que emerge en silencio,

Ya se muestra por las calles,

Los labios del pueblo no saludan más que á los que *hacen*, aman, satisfacen ó tienen un saber evidente;

Pronto concluirán los sacerdotes; su labor y su influjo han concluido;

En mi país la muerte carece de sorpresas, sólo la vida las tiene incesantes, divinas;

¿Poseéis un cuerpo espléndido? ¿Vivís y procedéis con espléndidez? Si es así, espléndida será vuestra muerte, y después de muertos continuaréis siendo espléndidos;

La justicia, la salud, el alto aprecio de sí, preparan la vía con una irresistible potencia;

¿Cómo es que os atrevéis á hacer pasar cualquier cosa antes que un hombre?

¡Estados, alineaos detrás mío!
He aquí un hombre—ante todo y ante todos—, un hombre típico como yo.

Dadme el pago que me corresponde,
Dejadme cantar los cantos de la Gran Idea, y tomad lo demás;

He amado la tierra, el sol, los animales; he desdenado la riqueza,

He dado limosna á cuantos me la han pedido, he defendido á los imbéciles, á los torpes, á los locos; he repartido mi bolsa, mi trabajo y mi corazón;

He odiado á los tiranos, no he discutido acerca de Dios,
He sido paciente y tolerante con el pueblo,
No me he descubierto ante lo conocido ni ante lo desconocido.

He andado libremente con los seres poderosos é incultos,
Con los pequeños, con los humildes y con las madres de familia,

Me he leído estos cantos, á mí mismo, en pleno aire; los he puesto á prueba frente á los árboles, á los astros y á los ríos;

He rechazado todo lo que ofendía mi alma ó ensuciaba mi cuerpo,

Jamás he reclamado nada para mí que no lo hubiere escrupulosamente reclamado para los demás,

He ido de las ciudades á los campos, de los campos á las ciudades, aceptando por compañeros hombres oriundos de todos los Estados

(Más de un soldado moribundo exhaló su postrer suspiro apoyado contra mi pecho,

Esta mano, este brazo, esta voz, han alimentado, consolado, restablecido, muchos cuerpos postrados);

Esperaré que vayan comprendiéndome,
A medida que crezca la simpatía hacia mi persona,
Sin rechazar á nadie, aceptando á todos.

(¿Di, ¡oh Madre! no he sido siempre fiel á tus designios?
¿No os he tenido presentes á ti y á los tuyos durante todos los días de mi vida?)

Juro que comienzo á percibir el sentido de estas cosas:
La grandeza no radica en la tierra ni en la América,
El grande soy yo, ó estoy en vías de serlo, sois vosotros, cualquiera que seáis;

La grandeza consiste en recorrer rápidamente las civilizaciones, los gobiernos, las teorías,

En recorrer los poemas, las pompas, los espectáculos, en suscitar individualidades.

Detrás de las cosas y de sus apariencias existen los individuos,

Cuanto ignora ó simula ignorar á los individuos carece de valor para mí,

El orbe americano reposa por completo sobre los individuos,
Toda la teoría del Universo remata infaliblemente en un solo individuo, en cualquiera, no importa quién.

(¡Madre! Amada de vuestro sentido implacable y sutil, con la desnuda espada en la diestra,

Os he visto al fin rehusaros á todo trato ambiguo, os he visto tratando directamente con los individuos.)

El origen, he ahí el fondo de todo;

Juro que me mantendré fiel á mi naturaleza original, por pía ó impía que sea;

Juro que nada me cautiva excepto la originalidad,
Los hombres, las mujeres, las ciudades, las naciones son bellas por lo que deben á su origen.

Lo esencial es la expresión del afecto que inspiran los hombres y las mujeres

(Ya estoy harto de las maneras débiles y mezquinas de expresar el afecto que mis semejantes me inspiran,
A partir de hoy expresaré á mi modo el afecto que siento rebosar en mí por los hombres y por las mujeres.)

Juro que exaltaré en mí cada una de las cualidades de mi raza.

(Decid lo que os plazca, yo afirmo que lo que más conviene á estos Estados son individuos cuyas maneras estimulen su audacia y su turbulencia sublimes.)

Detrás de la lección de las cosas, de los espíritus, de la Naturaleza, de los gobiernos, de las posesiones, descubro otras lecciones,

Detrás de todo, por encima de todo, para mí existe mi ser, para vos existe el vuestro (siempre la misma vieja monótona canción).

Como en un relámpago veo que esta América sólo existe para vos y para mí,
Su potencia, su testimonio, sus armas lo constituimos vos y yo,
Sus crímenes, sus mentiras, sus robos, sus deserciones están en vos y en mí,
Su Congreso, sus funcionarios, sus capitolios, sus ejércitos, sus flotas somos vos y yo,
Las infinitas gestaciones de sus nuevos Estados somos vos y yo,
La guerra (esa guerra tan sangrienta y sombría, esa guerra que en adelante quiero olvidar) somos vos y yo,
Lo natural y lo artificial somos vos y yo,
La libertad, el lenguaje, los poemas, los oficios somos vos y yo,
El pasado, el presente, el porvenir somos vos y yo.

Yo no reniego, no sabría renegar de ningún aspecto de mi ser,
Ni de ninguna zona ó característica, buena ó mala, de la América;

No sabría ni podría sustraerme á la necesidad de edificar para quien edifica para la humanidad,
Equilibrar los rangos, las jerarquías, los temperamentos, los credos y los sexos,
Justificar la ciencia y el progreso de la igualdad,
Fortificar la sangre del poderoso favorito del tiempo.

Amo entre todos y soy de los que nunca han sido domeñados,
De los hombres y de las mujeres cuyo carácter nunca ha sido domeñado,
De aquellos á quienes las teorías, las leyes, las convenciones, jamás podrán domeñar.

Estoy con los que avanzan de frente por toda la tierra,
Con los que renuevan el hombre á fin de renovar todos los hombres.

Yo no quiero dejarme intimidar por las cosas irracionales,
Quiero penetrarlas de humanidad, quiero volver contra ellas sus más agudos sarcasmos,
Quiero que las ciudades y las civilizaciones respeten la esencia de mi persona,
He ahí lo que he aprendido en América, he aquí la *summa* poética que á mi vez enseño.

(¡Oh democracia! mientras de todas partes millones de armas se aguzaban contra tu pecho,
Te he visto, serenísima, parir inmortales hijos,
Y con tu inmenso manto, rival del sol, empollando el mundo.)

Si, yo contrastaré los espectáculos del día y de la noche,
Veré si debo serles inferior,
Veré si no poseo tanta majestad como ellos,
Veré si no soy tan sutil y real como ellos,
Veré si carezco de sentido cuando hasta las casas y los vapores lo tienen,
Veré si los peces y las aves deben bastarse á sí mismos y si yo no debo bastarme á mí mismo.

Pongo mi espíritu en uno de los platillos de la balanza, y en el otro el vuestro, árboles, plantas, montañas, animales;

Por ingentes que seáis, á todos os absorbo en mí, y me convierto en vuestro amo.

La América aislada y que no obstante lo encarna todo, ¿qué es fuera de mí mismo?

Estos Estados, ¿qué son exceptuándome á mí?

Ahora sé por qué la tierra es grosera, martirizadora, malvada; es por mí;

Formas rudas y terribles, os acepto y os elijo especialmente para haceros mías.

Madre, inclina hacia mí tu faz,

Ignoro qué finalidad persiguen estas confabulaciones, estas guerras, estos retardos,

Ignoro cuál será el resultado del goce; sólo sé que á través de las guerras, de los crímenes, de las incertidumbres, tu obra continúa y continuará.

Así, á orillas del Ontario azul,

Mientras los vientos me acariciaban y las ondas se atropellaban hacia mí,

Temblando de potencia y arrebatado por el encanto de mi tema,

Los mortales tejidos que me retienen parecieron romperse dentro de mí...

Y vi las almas libres de los poetas,

Los más sublimes bardos de las edades pasaron ante mí,

Hombres grandes y extraños, adormecidos de largo tiempo atrás, ocultos para todos, se revelaran á mis ojos.

¡Oh, extasiadas estrofas, trémulos llamados míos, no os burléis de mí!

No os he clamado para invocar los bardos que fueron, para que esos sublimes bardos vinieran á orillas del Ontario,

Atraídos por el salvajismo de mi canto.

Los bardos que invoco están aún por nacer (mi país los aguarda,

Ahora que la guerra ha concluido y el campo está desbrozado),

Los aguarda para que entonen marchas cada vez más triunfales, marchas de «excelsior» y de vanguardia,

Y para confortar, ¡oh madre! tu alma inmensa en la esfera.

¡Bardos de la Gran Idea! ¡Bardos de las invenciones de la paz! (¡Pues la guerra, la guerra ha concluido!)

¡Bardos de ejércitos latentes, de millones de soldados en expectación, prontos á toda hora!

¡Bardos cuyos himnos parecerán nacidos de carbones ardientes ó de los zigzagueantes surcos del relámpago!

¡Bardos del amplio Ohio, del Canadá, bardos de la California, bardos del interior, bardos de la guerra!

Mi canto es para vosotros, para vosotros mi invocación.

Á un revolucionario europeo vencido

¡Valor, á pesar de todo, hermano ó hermana mía!

Obstinaos siempre: la Libertad exige nuestro esfuerzo, suceda lo que suceda;

Poca cosa es quien se doblega ante uno ó dos fracasos ó ante muchos desastres,

El que se descorazona ante la indiferencia ó la ingratitud del pueblo, ó ante cualquier deslealtad,

Ó ante los bandidos que se apoderan del poder,

Ante los cañones, los soldados y los códigos penales.

Aquello en que creemos continúa en invisible y perpetua espera á través de todos los continentes,

No invita á nadie, no promete nada, permanece en la luz

ó en la sombra, positivo dueño de sí, ajeno al temor y al des-
corazonamiento,
Aguardando pacientemente su día y su hora.

(Mis cantos no son solamente de lealtad
También son cantos de insurrección;
Soy el poeta juramentado de todos los audaces y rebeldes
de la tierra,
Aquel que me acompaña deja detrás de sí la paz y la
rutina,
Arriesga su vida á cada instante.)

La batalla arrecia, estremecida por múltiples y contagio-
sas alarmas, por furiosas cargas y frecuentes retiradas,
El filisteo triunfa ó se imagina que triunfa,
Las prisiones, los cadalsos, las horcas, los grilletes, las
balas no están ociosas,
Los héroes conocidos ó anónimos pasan á otros mundos,
Los grandes oradores y escritores son desterrados, vegetan
roídos de amargura y de nostalgia en tierras lejanas,
La *Causa* dormita, las más potentes gargantas se sienten
Como si su propia sangre las ahogara,
Los jóvenes, al encontrarse, bajan sus miradas;
A pesar de todo ello la Libertad no ha abandonado su pues-
to ni el filisteo goza la plenitud de su victoria.

Cuando la Libertad abandona un lugar no es la primera en
abandonarlo, ni la segunda, ni la tercera,
Aguarda que todos se hayan ido y sale defendiendo su
retirada.

Cuando ya no subsista ningún recuerdo de los mártires y
de los héroes,
Cuando todas las vidas y las almas de los hombres y de las
mujeres hayan sido desterradas de cualquier región de la
tierra,
Sólo entonces la Libertad ó la idea de la Libertad será
desterrada de esa región,
Y el filisteo disfrutará la plena posesión de su victoria.

¡Valor, pues, insurrecto ó insurrecta de Europa!
No debéis reposar hasta que todo se haya consumido.

Ignoro cuál sea vuestra misión (yo mismo no sé por qué
estoy aquí ni por qué existen las cosas),
Empero me esforzaré cuidadosamente en aclarar dichos
enigmas, aun vencido como vos lo estáis ahora,
Hasta en la derrota, en la pobreza, en la hostilidad, en la
prisión, pues también hay grandeza en tales trances.

¿Pensábamos que la victoria es grandiosa?
En efecto, lo es; pero ahora se me ocurre que la derrota,
Cuando sobreviene irremediable, también es grande,
Que la sepultura y la muerte también son grandes.

Canto del Sequoia

¡Un canto de California!
Una sugestión y una profecía indirectas, un pensamiento
inasible y respirable como el aire,
Un coro de driadas que se desvanecen ó de hamadriadas
que se alejan;
Una voz titánica y murmurante, una voz fatídica surgida
de la tierra y del cielo,
La voz de un árbol gigante que muere en la espesa selva
de sequoias:

«Adiós, hermanos míos;
Adiós, tierra y cielo; adiós, aguas vecinas;
Ha llegado mi hora, la hora de mi fin.»

A lo largo de la costa nórdica,
Hasta más acá de la ribera rodeada de rocas y de grutas,